

Carroña

Victoria García Barischetti

Carroña

Victoria
García
Barischetti

Quité la poca tierra que quedaba en la tapa antes de volver a sentarme sobre los talones. Mi esfuerzo había rendido frutos. Tenía el pulso acelerado y la temperatura alta de mi cuerpo contrastaba con el penetrante frío de la noche. Dejé que pasaran un par de minutos mientras desde el suelo miraba el cielo sin nubes. La noche era perfecta, un insulto para mí, sobre todo si se trataba de esa noche, esa maldita noche que se repetía cada mes. La odiaba, la odiaba tanto... me daba asco tan solo pensar en ella. Me daba asco mi ser, me daba asco lo que debía hacer, pero no podía evitarlo, al menos no si quería vivir, y quería hacerlo...

Volví a tomar la tapa entre mis manos y la abrí, esta chirrió fuertemente al hacerlo, esperaba que no hubiese alertado a nadie. El fuerte olor de su contenido inundó mis fosas nasales. Mi estómago rugió contento de por fin encontrar comida que lo saciara mientras que mi cerebro no hacía más que chillar que me detuviera, aunque en el fondo supiese que no podía evitarlo. Tomé con mi mano derecha una pequeña parte que se desprendió con tan solo tocarla y me la llevé a la boca.

Carroña

Victoria
García
Barischetti

Podía no saber para nada bien, pero a apenas lo tragué una sensación de calidez reconfortante me invadió. Seguí así, de a pequeños bocados, hasta dejar aproximadamente la mitad. El hambre ya se había acabado pero la vergüenza ocupaba su lugar en el hueco de mi estómago.

Volví a tomar la enorme caja y, luego de cerrarla, la coloqué de nuevo en su lugar rogando que nadie se diese cuenta esta vez. No podía permitirme más rumores, casi me habían atrapado la vez anterior. Había sido horrible, no pude volver en dos meses y casi muero, pero allí estaba y no iba a cometer los mismos errores.

Le pedí perdón una y otra vez a un nombre que no conocía mientras mis lágrimas corrían por mi rostro. "No puedo evitarlo" me dije constantemente, pero agua salada corría por mis mejillas cada vez con más fuerza formando barro con la poca tierra que todavía quedaba en ellas.

Carroña

Victoria
García
Barischetti

Pasé mi brazo por mi boca intentando quitar los restos con la manga de mi ajetreado buzo. Esperé a que mi cara se secara y volviese a su color natural antes de levantarme lentamente de la tierra aún no compacta. Me sacudí el polvo y con la cabeza baja comencé a caminar. Di vuelta un rato largo evitando los obstáculos, intentando fallidamente olvidar lo que acababa de hacer, lo que había hecho tantas veces y lo que debía hacer por el resto de mi vida. Cuando mis ojos comenzaron a cerrarse por el cansancio decidí que era momento de volver. Con cuidado de no hacer ruido abrí los enormes y pesados portones que conocía como la palma de mi mano. Miré una última vez hacia atrás y una solitaria lágrima cayó de uno de mis ojos. Entonces salí del cementerio.